

La Contemplación para alcanzar amor en la dinámica de los Ejercicios Espirituales

Ignacio IGLESIAS, S. J.

Casi bajo el mismo título publicó José M.º Díez-Alegría en MANRESA XXIII (1951), págs. 171-193, un erudito artículo de investigación técnicamente valioso¹. No es mi intención ni completarlo, ni siquiera continuarlo. Me sitúo de entrada en otra órbita, que me atrevería a llamar "pastoral", desde la praxis de los EE. y desde su texto mismo, no desde sus comentaristas más cualificados.

La problemática sobre la naturaleza de la Contemplación para alcanzar amor (CAA) es antigua: ¿Dónde colocar la CAA en la dinámica de los EE.?

- a) ¿Es un documento adicional de tipo pedagógico, una especie de Reglas para andar por la vida, un método de perseverancia? (Algo así como las Reglas para ordenarse en el comer después de la tercera semana, la elección después de la segunda, las Adiciones después de la primera?
- b) ¿Es un apunte espiritual sobre una clave de experiencia extraordinaria de índole mística, accesible a muy iniciados, una especie de cumbre de la vía unitiva, un paso último y superior a los de las semanas anteriores (experiencia cristocéntrica), en el que se vive el "abrazo" de Dios "inmediate" [15] (experiencia teocéntrica)?
- c) ¿Es, finalmente, un ejercicio intrínseco a la dinámica experiencial de los EE. y, dentro de ella, desembocadura lógica de un proceso que

¹ La "Contemplación para alcanzar amor en la dinámica espiritual de los Ejercicios de San Ignacio", por José M.º Díez-Alegría, en MANRESA, vol. 23, págs. 171-193.

todo él se recoge en este último ejercicio y fructifica en él como en un modo de ser y de hacer habitual, con el que el ejercitante es devuelto a la vida, a la historia, de la que realmente no ha salido a lo largo de todo el proceso?

¿Es el estado permanente, propio de quien ha "elegido" y se dispone a vivir su elección, es decir, de quien empezó su camino "solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos creados" [23] y de hecho lo continuó ofreciendo [98], deseando y eligiendo [169-189] y ahora ratifica lo hecho? Adelanto que me mueve en esta tercera hipótesis, que va tomando cuerpo entre los tratadistas. No fue así en otros momentos. Diría que cuanto más se va profundizando en el conocimiento no sólo de los EE., sino de la biografía espiritual del mismo Ignacio (Autobiografía, Diario, Constituciones, Epistolario...), esta unidad y, a la vez, continuidad y gradualidad del proceso de los EE. se confirma más.

En esta tercera hipótesis, la CAA ha de ser considerada como uno de esos tres momentos determinantes e iluminadores de todo el camino y, por otra parte, lo más ignaciano del mismo: Principio y Fundamento, punto de arranque y perspectiva global; Llamamiento del Rey (Encarnación, Banderas, binarios, maneras de humildad), opción comprometida del ejercitante; Contemplación para alcanzar amor, talento y estilo del "hombre nuevo", renacimiento, disponible... Hasta el punto de que puede hablarse no sólo de la CAA en la dinámica de los EE., sino también al revés, de la dinámica de los EE. interpretada e iluminada por la CAA.

Principio y Fundamento y Contemplación para alcanzar amor

Se suele hablar de ambas como de punto de partida y punto de llegada, respectivamente. Pero ¿es así? ¿Son tan enteramente distintas? ¿No es la CAA un desarrollo y una explicitación del Principio y Fundamento? ¿No está ya en él?

Curiosamente se trata de dos piezas del texto que no pertenecen, como tales, al corpus inicial de los Ejercicios salido de Manresa. No son textos del primer momento, sino de la maduración del proceso vivido por Ignacio en sí mismo y en otros. Esto los hace tanto más significativos, aunque pueda afirmarse con razón que ya están en germen desde el principio². Sin duda, lo están como todo el camino de los EE., en ese "cara a cara" inicial del primer coloquio de la meditación de los pecados [53], en el que aparece por primera vez el hilo conductor de los mismos, el "por mí", "por mis pecados", "por Cristo", "qué hago, qué debo hacer" (y padecer, 197...), que estarán presentes por última vez en la CAA [234-235]. La realización de ese intercambio gradual viene dada en la cadena de peticiones de las distintas contemplaciones de las semanas

² Polanco alude a un primer apunte de la CAA ya en Manresa (FN. II, pág. 527).

2.ª-4.ª. Compárese, por ejemplo, 104 y 233 y el paso del "más" al "todo".

Pórtico y salida. No sólo porque enmarcan el caudal de experiencia de los EE, sino porque lo iluminan, lo orientan, lo centran, lo integran y lo recogen. Iniciados los EE. con el objetivo final de "solamente" desear y elegir "lo que más nos conduce" [23] a la CAA llega un hombre "conducido", más aún, que ha elegido y ha adoptado el ser conducido ("disponed...". 234) como su modo permanente de ser y de andar por la vida. Conducido, se entiende, por "la fuerza de lo alto" (Hechos 1, 8) o, en terminología ignaciana, por "el amor que desciende de arriba" [184-338]. No otro amor entiende Ignacio a lo largo de los EE. Precisamente su objetivo es que el ejercitante ame generosa y gratuitamente, pero con amor no "propio", sino como quien primero es amado (1 Jn 4, 10-19) para poder amar.

Pr. y F. y CAA son como el reverso y anverso, respectivamente, de un tapiz. Los hilos son los mismos, pero el trenzado, la combinación de colores, el dibujo, que se adivinan en el reverso (Pr. y F.), adquieren su plena significación en el anverso (CAA).

De una sencilla comparación de los hilos de ambos textos salta a la vista:

a) El ejercitante es en la CAA el que "solamente" ha deseado y elegido "lo que más nos conduce" (Pr. y F.), es decir, el renacido como hijo, por que se ha dejado mover y conducir por el Espíritu (Rom 8, 14).

b) Los elementos son los mismos que en el Pr. y F. (hombres-creaturas-Dios), pero, de la evolución realizada en el ejercitante aparecen enriquecidos, como desentrañados, sondeados en profundidad, y Dios es descubierto y contemplado como el corazón de toda la realidad.

c) Ha sido un proceso en espiral, en el que todos los elementos (Dios, hombre, cosas) están presentes siempre, en todas las fases y se van retomando continuamente desde un nuevo ángulo de contemplación, que en la CAA alcanza su grado máximo de profundidad y de simplificación a la vez.

d) En el "solamente" (1.ª semana) deseando y eligiendo" (2.ª semana) está encerrado como en germen todo el intento del camino, que en la CAA se recoge y se resume como experiencia adquirida y, en cuanto es posible, definitiva. La CAA mira el conjunto del camino y es inexplicable sin él. Por eso es difícilmente pensable en toda su riqueza para quien no ha caminado todo el proceso. Pero por otro lado, especialmente para quien lo ha caminado a fondo, es posible hacerla y retomarla en sí misma como síntesis de todo. Posible e incluso deseable situarse en ella y partir de ella para sucesivas profundizaciones. ¿No podría decirse que la CAA es un proceso de EE. concentrado?

No se trata de una pregunta retórica. Para quien ha hecho el camino una vez, es posible y hasta deseable andarlo de nuevo sin salirse del nivel de experiencia propio de la CAA, antes al contrario, profundizándolo indefinidamente.

e) Protagonista de ambos momentos es Dios. En el Pr. y F., analógicamente una especie de AT de esta Historia de salvación, que son los EE., aparece como velado su rostro y su nombre: "El hombre es creado... Se entiende que **por** El, como es creado **para** El. Todo el camino será la re-relación de su rostro, Cristo" ("Felipe, quien me ve a mí ve al Padre", Jn 14, 19). La CAA nos revelará su nombre: Dios es Amor (1 Jn 4, 8, 16). No sólo ama sin reservarse (Rom 8, 32). Es Amor.

f) El ejercitante se experimenta a sí mismo como prueba de esta realidad fundamental. Y descubre a toda la creación ("todas las demás cosas") como sacramento de ese Amor. De donde será posible, más aún, será su nuevo estilo y talante habitual, buscar, hallar y amar a Dios en todas las cosas y a todas en El. Ha sido necesario todo el camino para preparar, recibir e interiorizar esta experiencia transformante. Ya desde el primer paso (Coloquio, 53) no sólo está presente la realidad de ese amor que ahora condensa, y a la que da nombre, la CAA. En el "por mis pecados" y en el "qué debo hacer por Cristo" está ya cimentada toda la teología de esas "dos cosas" que "conviene advertir" [230-231].

La liberalidad inicialmente ofrecida [5] como disposición de entrada, se traduce en indiferencia [23], esto es, neutralización de las mociones humanas para dejar paso a las del Espíritu, y acabará consolidándose como disponibilidad habitual [234].

Todos los EE. son una dialéctica de "correspondencia", que no se cierra sobre sí misma (Dios no acapara al que ama, lo hace salir de sí, lo envía), sino que desemboca toda, unificada en una única corriente, en el amor que Dios sigue teniendo al mundo y que el ejercitante se ha comprometido a hacer llegar, en cuanto de él dependa, con su total entrega por los hermanos. El "dadme vuestro amor" [234] cobra así todo su sentido; no significa sólo la necesidad absoluta, que el ejercitante experimenta, de ser, y de sentirse, amado siempre por el Padre, sino que también pide la capacidad de amar gratuitamente, como a lo largo de toda la marcha ha experimentado que ama el Padre ("Así seréis hijos de vuestro Padre...", Mt 5, 45).

Así, la CAA devuelve a la vida al ejercitante "salido de su propio amor querer e interesse" [189], decidido a amar y, por lo mismo, realizado y crecido como persona. Valgan de glosa autorizada a estas afirmaciones las palabras de Juan Pablo II en su primera encíclica (**Redemptor Hominis**, 10): "El hombre no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido, si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y hace

propio, si no participa en él vivamente". No otra cosa pretenden todos los EE. y de modo particular intenta la CAA³.

Consideraciones antropológicas

"El hombre", primera palabra de los EE., pronto [47] va a ser un hombre concreto, el ejercitante, una persona y una historia personal. El camino desde el universal "hombre" (Pr. y F.) hasta la personalización máxima ("divinización") de ese hombre en la CAA [237], discurre en la historia de los hombres, en la que irrumpe Dios humanizado en el Hijo, y en la del propio ejercitante, sin salirse de ella en ningún momento.

Ya en el primer paso de esta historia [45-53] se realiza el encuentro con el que es constituido Señor de la Historia, precisamente por su obediencia inserción en ella (Fil 2, 5-11). Y será mediante la contemplación de la Historia de esta inserción (Misterios de la vida de Cristo Nuestro Señor) como el ejercitante experimentará la amistad personal de Dios y se experimentará invitado a colaborar con El en rehacer la historia de los hombres [93], empezando por revisar y replantear la suya propia. Así será llevado gradualmente a una visión (contemplación) de esa Historia, que le hará descubrir en el corazón de la misma, como la realidad de toda la realidad, al Dios que es Amor [237].

La consumación plena de la Historia humana consistirá en fermentarla de caridad, engrosando el caudal de caridad activa y efectiva vertido por Dios en ella. La "disponibilidad" para este "trabajo" [97] se convierte así en el talante y rasgo identificador (personal, institucional, grupal...) de todo el que va siendo redimido, divinizado, como fue el rasgo identificador del Amor hecho historia nuestra en el Hijo (Fil 2, 8). Adentrarnos en oración en el proceso de humanización de Dios en nuestra historia ("cómo la divinidad se esconde", 196) va obrando la divinización progresiva del propio ejercitante ("cómo la divinidad se muestra ahora...", 223) y de todo lo humano ("cómo todos los bienes descienden de arriba...", 237).

El "lugar" (locus contemplativus) de la CAA es el hombre ("ver como estoy...", 232), el propio ejercitante⁴, tal y como ha quedado al fin de la segunda semana "salido de su propio amor querer e interesse" [189] y como ha sido confirmado en la tercera y cuarta. Habiendo experimen-

³ Refiriéndose a la CAA, escribe Nadal: "...finalmente descansamos en el amor, de suene que pongamos el fin en aquello mismo que debe ser el punto de partida de la oración, es decir, en la caridad, virtud suprema y divina, para que de ésta y de su fervor y celo, salgamos a nuevos ministerios en hilaridad de espíritu y humildad de nuestro corazón y suavidad con fortaleza en Cristo Jesús" (Nadal, MHSJ, IV, págs. 651 y ss.), aducido y traducido por Diez-Alegria, art. citado.

⁴ El uso del pronombre personal en primera persona es continuo en esta Contemplación: me, mi mismo, por mí, de mi parte, yo... Igualmente el posesivo: mis cosas, mi libertad, mi memoria, mi haber y poseer..., mi medida potencia...

tado cómo en sí mismo acontece Dios, descubre que su identidad profunda es "ser amado" [231]. El mismo es la prueba de Dios para sí mismo, y sus cosas ("todas las demás cosas", 23) son vistas como sacramentalizadas, "nueva creación", presencia, lenguaje y mediación de Dios, y descubiertas como mediación y lenguaje del hombre con Dios por el ofrecimiento reiterado de las mismas [234-237]. Se consume así el doble movimiento: Dios "desciende" (Ef 3, 9-10), sigue comprometiéndose con el mundo, y el hombre "asciende", "sube al Padre" desde, y con, ese mundo, por esos mismos dones, reconociéndolos como tales y poniéndolos enteramente a disposición. El sentido de creación es pleno cuando el hombre acierta a usar las cosas como mensajeras de Dios, cosa y huella Suya (Rom 8, 19-22).

Es esta toma de conciencia cordial de verse en presente "sevendo criado a la similitud y imagen de su divina majestad" [235] la que libera la caridad, que es el objetivo de la CAA [233]. Y liberar la caridad es hacer que la caridad sea liberadora de otros, como por una necesidad vital. Es entonces cuando la caridad resulta ser (y se experimenta como tal) la máxima libertad, signo y medida de los regenerados y crecidos como hijos de Dios⁵.

Portanto los verbos "alabar, hacer reverencia y servir" [23] se funden en un solo verbo central, AMAR, que resume todos los EE. como resume todo el Evangelio. El amor al hermano no es propiamente fruto del amor de Dios. Es ese mismo amor "que desciende de arriba", recibido y correspondido "a El en todas amando y a todas en El" (Const. 288). Nuestra correspondencia histórica al amor del Padre es el amor al hermano. No amamos a los hombres porque reconocemos en ellos al Padre, sino que reconocemos en los hermanos al Padre, porque (y cuando) les amamos (1 Juan 4, 7-8).

Consideraciones cristológicas

Como el sentido cristológico del Pr. y F., también el de la CAA ha sido frecuentemente estudiado y discutido. Hasta hay quien lamenta, creo que sin razón, que la CAA "no conceda un lugar central a Jesucristo"⁶. Tras un laborioso juego de bolillos de conexiones entre textos ignacianos, Teresa Dias Gonçalves, concluye: "Aquel Cristo, cuyo resplandor y divinidad contempla el ejercitante en la cuarta semana [223], es el mismo cuya poderosa acción —a un tiempo creadora y redentora, universal y personal, es decir, para cada uno de los hombres—, contempla en este último ejercicio (la CAA)"⁷.

⁵ "El que conoce a Dios, ama al hermano y ha renacido del Espíritu" (1 Jn 4, 7, 8, 13).

⁶ Jacques Lewis, S. J. "Conocimiento de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio", Ed. Sal Terrae, 1987, pág. 165.

⁷ Teresa Dias Gonçalves: "¿Es cristológica la contemplación ad amorem?" en MANRESA, vol. 45, 1973, pág. 298.

Desde la perspectiva teológico-pastoral que me he propuesto veo confirmada tal conclusión. Si en todos los EE., desde el primer momento [53], toda la comunicación de ese Dios, que ahora se revela en toda su plenitud como amor, se hace a través de la humanidad que asume el Hijo, no se ve razón para que deje de serlo precisamente en la CAA. Toda la dinámica fuerte de la experiencia se ha hecho ahí. "Quien me ve, ve al Padre" (Jn 14, 8-11) "El Padre y yo somos uno" (Jn 17, 11).

Los estudiosos coinciden sustancialmente en que Ignacio va y viene, en el seno de una misma experiencia de oración, como en su propia vida (Diario, Cartas...), del Mediador al Creador, de la Humanidad a la Divinidad, en la misma persona del Hijo. Son, por parte del ejercitante y del mismo Ignacio, ángulos vivenciales de contemplación de una única realidad, indivisible, presente en todo momento, la Trinidad ("hagamos redención", 107).

"Cristo aparece así en los EE., sea como Mediador, intercediendo junto al Padre por los hombres y guiando todos a su gloria, sea como Dios y hombre, principio y fin de la creación a nivel divino y a nivel humano. En los dos casos es constante la perspectiva trinitaria. Cuando S. Ignacio indica a Cristo como Mediador, abre al ejercitante una relación personal con el fin último de la mediación, el Padre, o la Santísima Trinidad. Cuando lo considera más al modo divino, ve inmediatamente en su acción la acción de toda la Trinidad. En Cristo ve entonces la presencia esencial de las otras Personas divinas..."⁸.

El encuentro personal del ejercitante con Cristo constituye la esencia del proceso de los EE. Se explicita desde el primer momento y de modo permanente. La experiencia del Cristo (Dios en la Historia) de la 2.^a y 3.^a semanas nos introduce en la contemplación de Cristo resucitado, el de la fe, el mismo, consolador, presente de manera nueva en esta historia y esta creación, capacitando al ejercitante para seguir conociéndole y amándole en ellas "por los verdaderos y santísimos efectos della" [223]. Que esta dinámica lleve al ejercitante, como de la mano a sentirse en la Trinidad misma, entra dentro de una lógica experiencial familiar a Ignacio.

Pero además ese encuentro con Cristo, esencia del proceso, se ha desarrollado progresivamente en una dinámica de amistad, iniciativa de Cristo ("por mí", "por mis pecados", "...por Cristo", "por él...") que adquiere ahora su plenitud. Más aún, Cristo ha sido contemplado y tratado como la Amistad de Dios con el hombre y la Amistad de éste con Dios. Palabra de Dios y nuestra palabra. Resulta ilógico vivencialmente (y éste es el campo en que se mueve Ignacio) cortar esa dinámica esencial y hacer desaparecer a Cristo de la CAA, a no ser, como hemos adelantado, reabsorbido como Hijo en una consideración trinitaria englobante muy típica de Ignacio, por otra parte. La realidad contemplada en primer lugar

⁸ Ib. pág. 307.

"creación-redención" [234], no como acontecimiento puntual pasado, sino como realidad de presente permanente por parte de Dios, es atribuida por Ignacio, dentro de la más bella teología paulina, a Cristo, a quien se refiere también en otros momentos como a "Criador" [53], "Criador y Señor" [316]...

El punto cero de esta amistad es la Encarnación, por la que Cristo es compromiso personalizado de Dios con cada ser humano. Parece como si este compromiso se alargase a toda la creación en la CAA y el proceso de "vaciamiento" de Dios en Cristo se prolongase en la historia que siguen haciendo los hombres y en la creación misma ("¿cómo no nos dará con él todas las cosas?", Rom 8, 32); "por quien concedes al mundo todos los bienes", de la Liturgia.

Teresa Dias, en el artículo citado, aduce dos textos del epistolario ignaciano, referidos a Cristo, ilustradores de esta interpretación: "los días pasados, recibida vuestra letra, con ella me gocé mucho en el Señor a quien servís, y deseáis servir, a quien debemos atribuir todo lo bueno que en las criaturas parece" (Carta a Teresa Rejadella). "...y dello dando gracias a la eterna majestad, no he podido atribuir a otro, que a la su divina bondad, de quien todo bien procede" (a S. Francisco de Borja) ⁹.

El mismo movimiento de profundización en espiral, típico del método ignaciano, que constituye también la estructura de la CAA, es obvio que no deje fuera en los puntos 2.º al 4.º a Quien está claramente presente en el 1.º: punto 1.º: creación, redención, dones particulares [234]; punto 2.º: Dios habita o el Amor como presencia activa (Jn 14, 23) [235]; punto 3.º: Dios "sirve", trabaja "por mí". La presencia del Hijo "siervo" y buscador de servidores se prolonga ahí de esa nueva forma [236]; punto 4.º: Dios se da a sí mismo en sus dones. El hombre y la creación como "descenso", "vaciamiento", permanente de Dios para convertir al hombre en "Señor" y recapitular en Cristo todo [237]. Es precisamente en ese poner los dedos en las "heridas" y en las huellas del Resucitado en toda la creación, donde se reproduce el reconocimiento de Cristo como Señor y Dios: "Tomad, Señor, y recibid..., dispoused", eco del "Señor mío y Dios mío" de Tomás (Jn 20, 28).

Finalmente, desde la perspectiva del seguimiento, que no se agota en las tres últimas semanas, no debe resultar extraña la contemplación de Cristo viviendo en sí mismo este modo de ser y de estar permanente en el mundo, que la CAA pretende crear. En el "para que yo enteramente reconociendo pueda en todo amar y servir" [233] resuena el eco de la conciencia íntima de Jesús y de su razón de ser: "Todo me ha sido dado", "Todo lo mío es tuyo", "por ellos me consagro", "para que el amor que Tú me tiene esté en ellos y yo en ellos...", expresiones gozosas de la glori-

⁹ Ib. pág. 296.

ficación del Padre, y de la propia, presentida y consumada (Jn 17 passim).

El ejercitante, que viva la CAA a esta profundidad, podrá salir nuevamente confirmado en sus opciones anteriores, convencido de que tanto ama cuanto se entrega (cuanto sale de su propio amor, querer e interesse), cuando deja a Dios que "se entregue" a otros en él y por él, como se entrega en y por el Hijo. Por eso le brotará el pedir: "dádme vuestro amor", el que "desciende de arriba", para que yo ame, es decir (y así se cierra el círculo con el Pr. y F.), para que "el hombre" SIRVA (=ame) a Dios, sirviendo (amando) al hermano hombre (1 Jn 5, 1-2).

Aludir nada más, en relación con estas consideraciones, la dimensión eucarística que otros ven en esta Contemplación¹⁰ y que es justa, con tal de que no se la reduzca a su vertiente sacrificial y cultíca, sino que se le dé a lo "eucarístico" su sentido más pleno.

Consideraciones pneumatológicas

El Espíritu Santo no ha sido mencionado a lo largo de todo el proceso de los EE.¹¹ Pero ha sido el verdadero protagonista del mismo. Ignacio ha vertido en ellos la pedagogía con la que él mismo ha sido "guiado" por el Espíritu. Es la pedagogía de un conducido. La observación (examen) de los movimientos ("moción" es la palabra clave), que se van produciendo en el "centro" de su persona, y la selección de los que proceden del (buen) Espíritu han sido su escuela. En el paso, de conducirse a sí mismo a ser conducido y a enseñar a otros a dejarse conducir, es donde Ignacio "nace de lo alto" por obra del Espíritu Santo (Jn 3, 3-7; Rom 8, 14).

La opción fundamental del ejercitante de "ser como" el Maestro ("...de imitaros", 98) ha ido madurando en el acompañamiento contemplativo de Jesús. El ejercitante está convencido de que son verdad las palabras del Maestro: "Yo les he dado a conocer tu nombre y se lo seguiré dando a conocer" (Jn 17, 26). Eso es lo que él ha vivido. Pero también entiende que todo ello es en orden a que "el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos" (ib.). Y ese amor tiene un nombre y es una Persona, el Espíritu Santo. Todo el proceso de los EE. es un desglose de Jn 17, 26. Y llega el momento de que el ejercitante experi-

¹⁰ Jacques Lewis, obra citada, pág. 163 y ss.

¹¹ Únicamente entre los Misterios de la Vida de N.S. Jesucristo, 263, 273, 304, 307. Cfr. José M.ª Lera, S. J.: APUNTES PARA UNA PNEUMATOLOGÍA DE LOS EJERCICIOS (En el XVI Centenario del Concilio I de Constantinopla), MANRESA, vol. 53 (1981), págs. 327-358, y MANRESA, vol. 58 (1986), págs. 99-128. Concretamente, para cuanto venimos exponiendo, págs. 333-338 y 351-355 de la primera parte. Pero todo este trabajo es lo más completo y actualizado que conozco sobre el tema en estos últimos tiempos. Su invitación a la relectura "económico-trinitaria" de los Ejercicios (ibid., pág. 358) ha sido tímidamente tenida en cuenta en este trabajo.

mente, como realidad de presente y permanente, el final y el objetivo último de tanto "conocimiento interno" no sólo del "amor recibido", sino del que ahora comprende, a toda luz, que ya no podrá dejar de serle dado [233-234].

La CAA es, pues, Pentecostés, o la liberación de la Caridad, que es lo nuevo, como Ley de vida. Esa "Ley interior de la caridad y amor, que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones" (Const 134), en adelante será la única Ley, el único mandamiento para "conocer" a Dios; más aún, la única realidad propiamente tal. Todo lo que no sea caridad o no proceda de ella habremos de darlo por no redimido, no renacido (1 Cor 13).

Hasta la terminología flotante, y la concreta, de la CAA es bíblicamente atribuible al Espíritu Santo y a su acción: hacer memoria, creador, dador de vida, habitar, don del Padre, don de ciencia, dones particulares, resplandor del Padre [237], promesa (desea dárseme...) ¹².

Una de las señales de esta caridad renacida es que "conoce" ¹³. Un nuevo arte de conocer, una nueva visión, surge en el ejercitante, una nueva comprensión, más penetrante y gozosa a la vez, del hombre y de toda la creación. El amor conoce (Fil 1, 9-10; Ef. 1, 17-18; 3, 16-18). "Esta contemplación, escribe el P. Laplace, refiriéndose a la CAA, quiere meternos en la realidad. Ni Vds. ni el mundo han cambiado. Un punto esencial sí puede haber cambiado: nuestro modo de mirar. En todo busquen a Dios. Y en todo amen. Este es el secreto del progreso."

El hombre y "todas las demás cosas sobre la haz de la tierra" aparecen así como lenguaje cifrado de Dios para quien no ama ("el que no ama no conoce", 1 Jn 4, 8), pero descifrado para quien, renacido del agua y del Espíritu, siente como necesidad vital el "buscar, hallar y amar a Dios en todas las cosas y a todas en él" ¹⁴. Y es que "en virtud de la creación y, aún más, de la encarnación, nada es profano en la tierra para quien sabe ver" (Teilhard de Chardin).

Finalmente, este nuevo conocimiento capacita al ejercitante para ese análisis cristiano de la realidad, que es el discernimiento, por el que, "lleno del Espíritu, puede emitir juicio sobre todo" (1 Cor 2, 15).

En este sentido adquiere toda su riqueza el ignaciano verbo "reflektir", martilleado en esta CAA. "Reflektir en mí mismo" no es simplemente "discurrir" (v. gr. 53.60.64), razonar, sino devolver la imagen, la

¹² El don y los dones descendidos de arriba (amor, lo llama Ignacio en otros pasajes, 184, 338) traducen obviamente "la fuerza de lo alto" (Lc. 24, 49; Hechos 1, 8; 2, 33).

¹³ Como en el camino de Emaús, el "arder el corazón" acaba "abriendo los ojos" (Lc 24, 31-32).

¹⁴ J. Iturriz, comentando el punto 4.º de la Contemplación para alcanzar amor, hace resaltar muy acertadamente cómo este ignaciano buscar, hallar y amar a Dios en las cosas es aún más pleno, según Ignacio mismo, en las personas. Cfr. MANRESA, vol. 49, 1977, págs. 229-248.

luz..., en un doble sentido: recibir el reflejo de Dios —la realidad—, y reconocérsela y atribuirse la agradecidos, como corresponde, y recibir el reflejo de Dios en mí mismo y proyectarlo en las cosas, en la realidad. De ambas formas de "reflektir" me parece ver ejemplos en las notas del P. Calveras a esta contemplación ¹⁵.

Dinámica trinitaria

Aunque brevemente, siquiera una alusión a esta línea honda de la dinámica ignaciana de los EE., por lo que hace a nuestro tema. Ya de lo anteriormente expuesto puede concluirse que el Dios de la CAA es el Dios trinitario. Junto al "hagamos" genesiaco (Gen 1, 26) y al "haremos en él nuestra morada" (Jn 14, 23), resuena el ignaciano "hagamos redempción" [107] y la generosa comunicación de "dones particulares", que tiene su origen en el Dios "dador de toda dádiva buena y todo don perfecto" (Sant 1, 16-18), el Dios por esencia comunicador de sí mismo, el Dios Trinidad, en el que todo es de todos, todos son de todos y todos para y por el hombre. Se puede decir que el plural es el sujeto propio de los verbos atribuidos a Dios en la CAA.

La fe trinitaria de Ignacio, resultada por Arrupe en su "Inspiración trinitaria del carisma ignaciano" ¹⁶, va y viene en los EE., más velada que desvelada —sobre todo si se los compara con el Diario Espiritual y la misma Autobiografía—, y desemboca de lleno en la CAA. La misma terminología indistintamente usada por Ignacio en los EE., aplicada al Padre o al Hijo o a la acción regeneradora del Espíritu [365], aparece de nuevo en la CAA: Dios (2 veces), Dios Nuestro Señor (2 veces), Señor (2 veces), su divina majestad (2 veces), el mismo Señor...

El Dios de la CAA es el Dios trinitario, al mismo tiempo creador y recreador y regenerador en Cristo por obra del Espíritu Santo. Todo el amor, del que el ejercitante hace aquí experiencia global, es obra de la Trinidad ¹⁷.

Queda señalar la "gratuidad" como melodía trinitaria de fondo en la CAA. Es el sello de identificación del Padre que "no se reserva" (Rom 8, 32), del Hijo que "se entrega" (Ef 5, 4-25) y del Espíritu, autor de esa suprema gratuidad que es el perdón (Jn 20, 22-23). Si la CAA busca y provoca la correspondencia [233], no es para anular esa gratuidad, sino para colmarla proyectada en la gratuidad con que el hijo renacido, el ejercitante, se dispone a ser no sólo el contemplativo, agraciado y agradecido, del Dios servidor del hombre, sino a ser él mismo servidor —como

¹⁵ José Calveras, EJERCICIOS, DIRECTORIO Y DOCUMENTOS DE SAN IGNACIO (glosa y vocabulario de los Ejercicios Espirituales), Editorial Balmes, Barcelona, 2.ª edición, 1958, págs. 156-160.

¹⁶ Pedro Arrupe, S. J.: "La identidad del jesuita en nuestros tiempos". Edit. Sal Terrae, 1981, págs. 391-435.

¹⁷ Cfr. José María Lera, artículo antes citado, MANRESA, vol. 58, (1986) pág. 113, Conclusión.

identidad propia—, que ha aprendido a realizarse como su Padre Dios, trabajando por, sirviendo a, regalándose..., a cambio de nada.

El "a Vos, Señor, lo torno" no es, en consecuencia, la devolución del talento enterrado (Mt 25, 40-30), sino la de los tres o de los cinco talentos que, sirviendo gratuitamente, han fructificado.

Los Ejercicios en la dinámica de la CAA

La Contemplación para alcanzar amor ¿es final o principio?, ¿meta de llegada o punto de partida?

Los EE. no ser terminan en la CAA. Se prolongan y se profundizan en ella. La CAA no es un "ejercicio" más, el último. Es "el ejercicio" permanente. Un modo de ser, de vivir, de orar..., que Ignacio llama "más fácil"¹⁸. Es el estilo de la nueva creatura, el estado y talante permanente de quien se siente, y es, permanentemente agraciado ("desea dárseme") y, por ello, agradecido ("para que enteramente reconociendo") y comprometido ("pueda enteramente amar y servir"). Es el status habitual del ejercitante, su caridad operativa, no formulada, sino obrada, la traducción concreta de su elección.

De todo lo expuesto creo que se puede legítimamente concluir que la CAA no sólo debe ser interpretada dentro de la dinámica de los EE. y como una condensación de éstos para la vida, sino al revés también: la CAA es clave de interpretación e iluminación del proceso de los EE. Su eje central, la relación personal de disponibilidad con el Dios trinitario, en respuesta a la iniciativa (amor primero, 1 Jn 4, 10-19) de éste en toda la realidad de la historia del propio ejercitante y en la de la humanidad y en servicio gratuito de ésta, es el proyecto-hombre que ha de ser buscado, preparado y profundizado, desde cada una de las fases y pasos del proceso de los EE.

Por eso puede concluirse también que la CAA es el "lugar" de la repetición anual de la experiencia de los EE. Repetición que no ha de ser entendida como pura y simple repetición, sino en el sentido ignaciano [62] de profundización de lo que el Señor ha obrado o va obrando, que deberá reflejarse y condensarse en la CAA vivida por el ejercitante y en el tipo de cristiano que año tras año se configura en ella.

Una tal repetición no sólo debería suponer la CAA, sino partir de ella y avanzar sobre ella... Teóricamente, al menos, un planteamiento así facilitaría una pedagogía de crecimiento por el ignaciano proceso de experiencia en espiral sin fin, que da siempre entrada a la inagotable "novedad" del Espíritu¹⁹.

¹⁸ Carta al P. Brandao, Ep. III, 510.

¹⁹ En Apéndice 1.º me atrevo a sugerir un esbozo — uno de los varios posibles — que podría concretar esto mismo.

Al final de este recorrido, que está lejos de haber agotado el tema, uno no entiende afirmaciones tan redondas como la de Jacques Lewis: "Esta contemplación (la CAA) no ofrece nada absolutamente nuevo con respecto a lo que precede en los Ejercicios. Ni mucho menos. En realidad es una resultante de ellos"²⁰. Suena como a afirmar que la punta más alta del tronco del árbol no ofrece nada absolutamente nuevo al tronco. Pero el tronco no lo es tal, o no lo es en plenitud, sin ella. Pienso que los EE. de S. Ignacio no serían los EE. de S. Ignacio sin la Contemplación para alcanzar amor.

²⁰ Jacques Lewis, obra citada, págs. 145-146.

APENDICE 1.º

Los Ejercicios desde la Contemplación para alcanzar amor:

Día	Contempl. para alcanzar amor	Ejercicios
1.º	<p>TODO ES VUESTRO, VOS ME LO DISTEIS "traer a la memoria"; "siendo criado a la similitud e imagen"; "cuanto ha hecho Dios por mí"; "desea dárseme"; "habitar"</p>	<p>PRINCIPIO Y FUNDAMENTO</p>
2.º	<p>¿ESTO ME BASTA? ¿A VOS, SEÑOR, LO TORNO? "Lo que yo debo de mi parte ofrecer y dar"; "yo enteramente reconociendo"</p>	<p>PECADO- CONVERSION "dando gracias a Dios nuestro Señor, porque me ha dado vida hasta ahora..."</p>
3.º	<p>TOMAD, SEÑOR, Y RECIBID "afectándose mucho" "con mucha razón y justicia"</p>	<p>LLAMAMIENTO "los que más se querrán afectar" "los que tuvieren juicio y razón"</p>
4.º	<p>DISPONES A TODA VUESTRA VOLUNTAD</p>	<p>ENCARNACION "heme aquí"; "he aquí la esclava"</p>
5.º	<p>DISPONES A TODA VUESTRA VOLUNTAD</p>	<p>MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO "ansí nuevamente encarnado"</p>
6.º	<p>DISPONES A TODA VUESTRA VOLUNTAD MI ENTENDIMIENTO — MI LIBERTAD — MI VOLUNTAD — MI HABER Y POSEER "haciéndome entender"</p>	<p>"trabaja por mí" (servus) DOS BANDERAS TRES BINARIOS TRES M. DE HUMILDAD 3.º y 4.º semanas</p>
7.º	<p>DADME VUESTRO AMOR (v. capacidad de amar...)</p>	<p>CONTEMPL. AD AMOREM</p>
8.º	<p>ME BASTA. "Como todos los dones descienden de arriba".</p>	

APENDICE 2.º

Algunas grandes síntesis bíblicas totales donde clava sus raíces y se inspira la Contemplación para alcanzar amor:

- Ecllo. (Sir.) 42, 15-43.
- Isaias 42, 1-9, Canto 1.º del Siervo.
- 49, 1-7, Canto 2.º del Siervo.
- 50, 4-11, Canto 3.º del Siervo.
- 52, 13-53, Canto 4.º del Siervo.
- 55

SALMOS 103 (102), 104 (103), 105 (104).
 Romanos 5, 5.
 Romanos 8.
 1 Corintios, 13.
 Efesios 1, 3-14.
 Colosenses 1, 9-23.
 1 Juan 4-5, 4.

La CAA en Jesús: Mt 6, 9-14, 25-34.
 Mt 11, 25-30.
 Juan 17.

La CAA en María: Lc 1, 46-55.